

## UN SEXENIO EN LA ALAMEDA

### Cronista en vilo

En su historia universal de San José de Gracia, el pequeño pueblo de Michoacán donde nació, Luis González olvidó consignar un hecho fundamental: el éxodo de Luis González. El hijo pródigo se marcha a Guadalajara en 1938, y ocho años más tarde inicia su sacerdocio histórico en El Colegio de México, donde la cultura era tertulia y puerto de humanistas. En las clases de Silvio Zavala aprende que la historia es ciencia, y en la obra de Ramón Iglesia que no sólo es ciencia: también es arte e irreverencia. Su tutor intelectual decisivo fue el historiador español José Miranda, maestro de varias generaciones en la sala de su casa, la charla de café, el paseo por la apacible ciudad de México y, por momentos, en las aulas. Con Alfonso Reyes y sus libros entabla una permanente amistad literaria. El ogro Cosío Villegas no le provoca terror sino ternura: sabe hallarle el lado bueno y se convierte, con el tiempo, en su amigo más cercano. Temperamentos opuestos, inteligencias afines. De todo conoce —casi— en aquel D. F. alemánista: buenos cabarets, buenos amigos, buenas sesiones de biblioteca y otras cosas buenas. Escribe varios trabajos originales, lúdicos e imaginativos. En uno sobre Bernal Díaz, se refiere a la Malinche como “la secretaria trilingüe de Cortés”. Otro es una semblanza del conquistador espiritual Fray Jerónimo de Mendieta. Su tesis es una historia de actitudes: el optimismo nacionalista como factor en la Independencia. Hacia 1950 viaja a París. La fiesta intelectual: Sartre, Camus, Breton, Merleau-Ponty, Marcel, conferencias de Ortega y Gasset, la nueva historia del grupo *Annales*, las cátedras de Marrou y Braudel. En París coincide con Luis Villoro. Juntos practican el buen consejo de Henri Pirenne a Marc Bloch, cuando maestro y alumno visitaron Estocolmo: el historiador vive la ciudad, no los archivos.

De vuelta en México publica un ensayo sobre la magia en Nueva España. Hechizado, Cosío Villegas lo invita a su *Historia Moderna de México*. Siguen tres lustros de incansable minería histórica. Cito sólo algunas vetas. Un tomo sobre la vida social durante la República Restaurada, la dirección del pequeño equipo que reúne, clasifica y casi lee las 24078 fuentes de historia contemporánea, labores de peluquería estilística en varios volúmenes de la *Historia*, investigaciones sobre el indigenismo de Maximiliano, la historia de la historia en Nueva España, el Congreso de Anahuac, los discursos presidenciales, la economía juarista, la era liberal, la cultura en el Siglo XX... (Se sabe, con certeza, que dejó vírgenes algunos temas históricos, pero nadie sabe cuáles). Viajes a Japón, Filipinas, India, Lima, Egipto, URSS, Santiago, Montevideo y Hermosi-

llo, Son. Decenas de cátedras sobre historia mexicana y Teoría y Método de la Historia. Congresos, mesas redondas y un gran etc... Hubo quien convirtiera este estilo de vida en rutina burocrática. Luis González toleró quizá con exceso las imposiciones, no siempre coherentes o productivas, de la academia, pero aprovechó cada experiencia como vía al profesionalismo histórico pleno.

A mediados de los sesenta, luego de veinte años de Ilustración y minería, comprende que no ha escrito su obra. Por fortuna la ha ido preparando sin prisa ni pausa. Sería la microhistoria de su pueblo natal, la historia desde el piso de la historia. En 1967 publica *Pueblo en vilo*. El vuelo cosmopolita lo había llevado, en la madurez, al punto del inicio. Empacó la historia universal y se mudó a San José de Gracia. Cada historiador —cuando lo es de verdad y no extrae sus temas, métodos y estilo del supermercado académico— termina por reconocer su acceso peculiar a los temas centrales del hombre. Encuentro en el repliegue. *A Pueblo en vilo* siguieron *La tierra donde estamos*, *Zamora, Sahuayo*, “Tierra Caliente”, *Invitación a la microhistoria, Michoacán*. En 1978 le pone casa a la microhistoria: El Colegio de Michoacán. Y sigue la mata dando.

Si este resumen es verosímil, *Los artífices del Cardenismo\** y *Los días del Presidente Cárdenas\*\** parecen obras a desatempio, a contratiempo. No corresponden al período microhistórico de Luis González, sino al último plan macrohistórico de Cosío Villegas: la *Historia de la Revolución Mexicana*. Pero como no hay repliegue posible en el repliegue, Luis González introduce su enfoque particular en esa historia general. En el inmenso escenario de la vida nacional, su mirada microhistórica revela cosas difíciles de percibir para el historiador urbano. En vilo, desde la provincia se propone historiar a la nación.

### Relevo transparente

Su tema es el sexenio de otro hombre en vilo entre la patria y la patria: Lázaro Cárdenas. Y no de cualquier patria: Cárdenas nació treinta años antes que su historiador en un pueblo vecino a San José: Jiquilpan. Historiar a Cárdenas estaba, quizá, en la lógica del repliegue. A veces la microhistoria sale de paseo. Puede, por ejemplo, estudiar a los josefinos transterrados en Los Angeles, California. (De hecho, Luis González ha acariciado ese proyecto.) O puede, como es el caso, intentar la comprensión, *sub specie parochialis*, de algún hijo predilecto de la patria chica

\**Historia de la Revolución Mexicana*, Tomo XIV. El Colegio de México, 1980.

\*\**Historia de la Revolución Mexicana*, Tomo XV. El Colegio de México, 1981.

que se haya destacado en la grande. Nadie más ilustre y familiar que Cárdenas.

Los dos gemelos de Luis González sobre el cardenismo son microhistoria desde la concepción temática. Es el menos reductivo de los historiadores. Todo cabe en su jarrito: sociedad, política, cultura, creencias, geografía, ocios, negocios, climas, temblores, enfermedad. Trivial y seria, la vida en México entre 1934 y 1940. En *Los artífices del Cardenismo* habla descrito con detalle la pirámide social mexicana y el pasado inmediato de cinco instituciones: Iglesia, Estado, Capital, Trabajo y Cultura. Dedicaba buena parte del libro a caracterizar a la Generación de 1915, la élite de 150 personas fundadora de instituciones y enemiga de la piqueta revolucionaria; al final había un bonito esbozo biográfico de Cárdenas, el epónimo del elenco. El primer libro era un lienzo. El segundo, *Los días del Presidente Cárdenas*, es la crónica cinematográfica que parte de ese lienzo.

La trama es sencilla y conocida: durante seis años se ve al Presidente Cárdenas y su generación buscando, desde la cima, ampliar la base de la pirámide social mediante todo tipo de proyectos salvadores. Leñadores en lucha y alianza con aquellas cinco instituciones. Para consolidar la iniciativa bienhechora del Estado, Cárdenas establece una tregua definitiva con la Iglesia, enfrenta Trabajo y Capital, y agita, a lo largo del periodo, el espantajo cultural de la Educación Socialista. Luis González no rastrea —como han hecho decenas de historiadores—, las corrientes subterráneas de ese laboratorio social y político. En la amena y, por desgracia anacrónica tradición de una *Histoire événementielle*, suele prescindir de la causalidad y se conforma con un ejercicio en apariencia más modesto: clasifica, configura, entiende. Rara vez interpreta o explica. Su compromiso es describir el pasado fiel, amplia e y irónicamente. Mostrar, sin demostrar, sus articulaciones. No es difícil imaginar las preguntas con las que tortura a sus datos. ¿Qué sucedió? ¿Cuándo y hasta cuándo? ¿Quiénes participaron? ¿Qué pensaban? ¿Cómo les fue en la feria? O las preguntas que nunca se hace: ¿Qué significó para la Historia esa acción? ¿Qué nos enseña? ¿Cuáles fueron sus determinantes profundos? ¿En qué sentido nos prefigura? ¿Cómo sirve a nuestra causa? Al desterrar la urdimbre —a veces obvia, a veces infinita— del *porqué*, y privilegiar al *qué*, Luis González vuelve al viejo ideal rankeano: narrar las cosas como “verdaderamente ocurrieron”. Y para él, lo que verdaderamente ocurrió no fue obra de la providencia o de un rígido libreto preestablecido, sino de unos cuantos hombres —sobre todo uno— encaramados en la punta del país, imperando desde allí sobre vidas y haciendas. Esta óptica lo conduce con frecuencia a la herejía de creer que la historia es lo que parece.

En el conflicto Calles-Cárdenas se ha querido ver una lucha titánica, dialéctica, arquetípica... Luis González sólo le ve lo típico: dos hombres que se representan a sí mismos y a sus respectivas generaciones, luchan por el poder. Como siempre sucede, al menos en última instancia, ganan los jóvenes. Calles y su generación querían seguir la fiesta de las balas. Después de la Cristiada y la purga de generales presidenciables, los callistas desviaron la carga revolucionaria hacia la educación, la cultura y la religión. La “revolución psicológica” de Calles pretendía, en la más pura ortodoxia marxista, conquistar el alma de los niños y resolver las contradicciones de clase desde su

raíz: el pupitre.\* Quien encarna mejor esta inercia destructiva es el fantoche de la generación, Tomás Garrido Canabal, Lucifer mexicano que cada mañana saludaba a su séquito preguntando “¿Existe Dios?” Respuesta en coro: “Nunca ha existido”.

En *Los artífices del Cardenismo* se lee que Cárdenas era un revolucionario muy distinto a sus jefes militares y maestros políticos, los broncos caudillos de Sonora. Su biografía, el afán constructivo que su generación insinúa en la vida pública desde 1920, y las reformas que introdujo en su gubernatura michoacana parecen, a la distancia, presagios obligados de su inquieto régimen. Pero Calles no gozaba de nuestra perspectiva ni leía a Luis González. Para él, —amor de padre— Cárdenas era ante todo el “chamaco” que le debía su carrera. El discurso inicial del chamaco debió preocuparlo. Lo mismo el tono y ciertos detalles: la supresión del frac, la inminente mudanza del Castillo a Los Pinos. Cárdenas era lo que parecía: un Presidente de la República con el extraño propósito de gobernar realmente en beneficio del pueblo.

Su empeño inicial fue, como se sabe, afianzar la deteriorada imagen del Presidente mediante el destierro del Superpresidente. Este saludable parricidio le toma un año y medio en el que padece y manipula las veleidades de lo que ahora se denomina la clase política. Un fenómeno nuevo, típico de los años treinta en Occidente, le aporta una base de poder, un argumento, que los tres presidentes con minúscula del maximatismo ignoraron: las masas. “La nueva ola dirigente se dio cuenta del poder de los empujones de la muchedumbre y lo utilizó contra el poder de las pistolas de los paladines...” Por cierta convicción socialista y por una efectiva conveniencia política, Cárdenas favoreció la agitación obrera. No fue el ascenso de las masas lo que “produjo” un Cárdenas, sino Cárdenas quien favoreció un nuevo estilo masivo en la lucha social. De no ser así ¿por qué habría desaparecido con el sexenio y aún antes, en 1939? Por lo demás, no había retórica cuando declaraba: “Debemos combatir el capitalismo, o la escuela liberal capitalista que ignora la dignidad humana de los trabajadores”. Si en 1936 los empresarios hubiesen continuado los paros, Cárdenas habría buscado la apropiación obrera de las industrias. Era algo que estaba en el horizonte de la época. Su actitud buscaba lo que parecía: una profunda transformación social en el campo y las fábricas. No una revolución continua y menos la agitación estéril, sino una vaga construcción socialista.

A principios de 1936, firme en el trono, provisto de un gabinete más o menos juvenil y con la segura lealtad de sus jefes militares y gobernadores,\*\* Cárdenas baja sus cartas, abandona a “la Revolución de ayer” y pone fin a la persecución religiosa. “De aquí en adelante, no deberá existir propaganda antirreligiosa en las escuelas, toda nuestra atención deberá concentrarse en la gran causa de reforma social únicamente”. Los tiempos habían cambiado. Lo nuevo era convertir, como en la Biblia, las espadas en arados. Para Luis González el presidente había logrado reponer:

\* La historia más completa de esta comedia: Victoria Lerner: *La educación socialista*, Tomo 17 de la misma colección.

\*\* En *La medicina cardenista*, tomo 16 de la misma serie, Alicia Hernández analiza con inteligencia y claridad, las entretelas del manejo político de Cárdenas para consolidar el poder presidencial. Su libro es una sociología histórica ejemplar.

la dignidad de la función presidencial sin demasiados aspavientos y ardores, y sobre todo, sin tirazones de sangre, sin injusticias notorias. En año y medio, el Presidente se desembarazó del "mandamás" sin haber tenido que sacrificar porciones importantes de la ideología de la Revolución, quizá sólo mediante el sacrificio de la lucha desfanatizadora, de las campañas contra la arraigada religión del pueblo. En dieciocho meses se acabó la costumbre de arreglar las desavenencias graves con rifles y machetes. Cárdenas no sólo libró al país del corrupto Calles y su camarilla, sino que lo hizo sin piedad para el caudillo y sus cómplices. Cárdenas le puso fin a la costumbre de volver cadáveres a los disidentes y opositores políticos de peso.

Un relevo transparente. Fue lo que parecía. Una lucha entre dos proyectos, dos estilos, dos generaciones. Una lucha no fratricida y violenta, como la de los años veinte, sino *filial* y pacífica, ambigua y vociferante, en el fondo casi caballerosa. Un conflicto político, no militar. Esgrima, ajedrez y comedia. México había progresado: de la carnicería de Huizilac a la cortés invitación al exilio. Cárdenas puso en práctica el decreto callista que abolla a los caudillos en detrimento del último caudillo: Calles. Con ello fundó una tradición. Pero la duda persiste: ¿Era Calles —propulsor de la reconstrucción económica— tan bronco y destructor como su generación? ¿Era Cárdenas —destructor del orden económico— tan fundador y angélico como su generación?

Hipótesis no verificable: la creencia de Luis González en la cábala generacional es un eco de sabiduría campesina, el reconocimiento de vertientes y ciclos naturales en una vida que parece obedecer a otros, artificiales, determinantes. Donde las ópticas de moda ven sólo una lucha

política o de intereses, la mirada provinciana descubre edades, gana y desgana, vitalidad y cansancio, vigencias distintas, contrapuntos biológicos, ritmos.

### Reparto de dignidad

La portada es una foto de Cárdenas enchamarrado, cálido, atento a la queja centenaria de un campesino indígena. Una cara del sexenio. Durante los primeros cinco años, Cárdenas visitó 1 028 pueblos. Un día de cada cuatro anduvo fuera de la ciudad, a caballo muchas veces, prestando oídos, atendiendo, microhistóricamente, caso por caso. De tan manoseada por las ideologías o ritualizada por el poder, hemos olvidado la originalidad de esa actitud hacia el campo. Luis González la destaca y comprende. Con la única excepción de —¿quién cree usted?—... Maximiliano, ningún mandatario antes o después ha compartido esos afanes. Cárdenas reconocía y se inclinaba por otro México. "Fuera de la ciudad, le confió a Frank Tannenbaum, todo es sano"; la ciudad, en cambio, "lo corrompe todo". ¿Y de qué ciudad campirana estaba hablando!

Las "Jornadas Agraristas" de Cárdenas fueron una cruzada personal. Cárdenas se metió a redentor. Del santo reparto de la tierra se desprenderían todas las venturas. Como guardián de la microhistoria, Luis González ha debido narrar muchas veces el ascenso y fracaso del ejido. Sus consecuencias variaron de pueblo en pueblo, pero la utopía era la misma. A Tierra Caliente en Michoacán, por ejemplo, Cárdenas soñaba con

integrarla al territorio de la República, poblarla debidamente, desinfectarla, irrigarla, barrerle espinas y piedras, cubrirla de sembradíos de consumo interno y de exportación, hacerla un pastizal de toda clase de vacunos y equinos, darle maquinaria, obligarla a producir riqueza para que todos sus vecinos tuvieran trabajo abundante, comida llenadora y limpia, chalet poblado de niños y puercos y gallinas, buen medio de transporte, ropa adecuada a la temperatura, servicio médico, escuela, entretenimientos sencillos, una vida a la vez esforzada y cómoda, con el confort y sin los vicios de la ciudad y con las virtudes y sin los apuros del campo, una utopía como la puesta en marcha en el siglo XVI por Tata Vasco y la deseada por Morelos en el siglo XIX.

El Estado proveería todo lo que, a juicio del Estado, parecía necesario: planes, organización, crédito, enseñanza teórica, instrumentos, comunicaciones, industrialización, asistencia médica, deporte, recreación y —desde luego— administración honesta. El ejido, régimen social y sistema de producción, institución permanente y generalizada, sería —en palabras de Arnaldo Córdova— "palanca y continente del nuevo orden rural, brazo poderoso que garantizaba la acción y la vigilancia del gobierno en el campo, y fragua en la que se forjaban la paz y la tranquilidad que la Revolución había prometido". Cárdenas confiaba religiosamente en la institución ejidal, como muestra esta prédica a su querido diario a mediados de 1936:

Si se cuida la organización del ejido como hasta ahora se ha planeado es posible que los ejidatarios logren absorber toda la tierra que hoy queda fuera de su jurisdic-



ción... Sigo sosteniendo que el ejido hará que se cultiven más tierras con mayor éxito... En 1937 extendéremos la acción agraria a la región del Yaqui... Pasaremos a resolver integralmente el problema agrario de Yucatán... para salvar de la miseria a la raza indígena... En este mismo año apresuraré el fraccionamiento del Valle de Mexicali.

Cumplió su plan al pie de la letra y —lo que es más admirable— no sin flexibilidad y respeto a las variantes que parecían imponer cada situación. Sobre la marcha repartió el 80% de las plantaciones de Yucatán entre 34,000 indígenas creando un enorme ejido. En La Laguna discurrió la fundación del primer ejido colectivo. En Nueva Italia los ejidos se constituirían en cooperativa. En el Valle del Yaqui tuvieron, más bien, la fisonomía de Colonias. Repartió entre 1.5 millones de familias el 10% del territorio nacional, incluyendo las zonas de cultivo comercial que nadie sino él —ni Zapata, a juzgar por el plan de Ayala— se habría atrevido a tocar.

El generoso reparto de la tierra tuvo, desde un principio, consecuencias incómodas. Otras obras de Luis González han abundado en señalarlas. *Los días del Presidente Cárdenas* sólo las recuenta, pero el inventario, aunque incompleto, es impresionante. La Reforma Agraria cardenista inauguró la inflación. En Yucatán se rompió la unidad económica de la hacienda sin crear otra mejor o más eficiente. En La Laguna igual que en casi todo el país decayó la producción y la productividad. Por el campo mexicano se desató como peste la violencia entre pequeños propietarios y agraristas y —más sangrienta aún— la de los agraristas entre sí. La falta de seguridad en las zonas rústicas provocó un creciente éxodo rural a la ciudad. Los campesinos comenzaron a arrendar sus parcelas ejidales, y a trabajar como jornaleros una parte de su tiempo. Faltaron tierras; sobró gente de dentro y fuera; el ejidatario no se acostumbró a un régimen jurídicamente incierto, que en muchas ocasiones no correspondía a ninguna tradición local ni había nacido de su voluntad espontánea. Una cultura del soborno se ramifica en el campo: ingenieros, leguleyos, caciques, comisarios, parvifundistas y terratenientes participan en ella. El Estado, para decirlo con un acento que Luis González no emplea, convirtió al campesino en capital político.

La misma realidad aguafiestas deforma el limpio proyecto de Cárdenas para los indígenas. Sin desarraigarnos ni modificar sus tradiciones, Cárdenas intenta ofrecer vías de mejoramiento que los alejen de la abulia, la enfermedad, la miseria, el alcohol y el fatalismo secular. Funda el Departamento de Asuntos Indígenas. Idea una cruzada de salud, educación y pan. Casi siempre en el papel, se integran brigadas de maestros, agrónomos, médicos, artistas y trabajadores sociales, escuelas e internados, palancas de progreso que finalmente no llegan, llegan poco, cuando llegan nada cambian, o cambian, muchas veces, para mal.

Pero el juicio final —siempre implícito o tenue— de Luis González sobre las "Jornadas Agraristas" de Cárdenas, es dual. En la Laguna, por ejemplo, donde el fracaso económico sobrevino pronto, "la dotación no defraudó a los ejidatarios, que si no mucho menos pobres, si los hizo sentir de la misma manera que sus antiguos amos e hijos predilectos de la Revolución". Cárdenas buscaba menos

la prosperidad económica, que el imperio —así fuese efímero— de otros valores como la justicia, la igualdad, la libertad social, la confianza en el gobernante. Luis González entiende la casuística agraria de Cárdenas como un reparto de dignidad:

Se trataba de librar a los pobres del campo de los malos modos, de la conducta errática, de la reacción imprevisible de muchos patronos, dándoles tierras y haciendo ejidos de las autoridades les ayudarían a cultivar y administrar sin el fin ulterior, por parte del gobierno de entonces, de convertirlos en sirvientes del Estado. Aquella fue una ejidización puramente humanitaria.

### Comer un semental

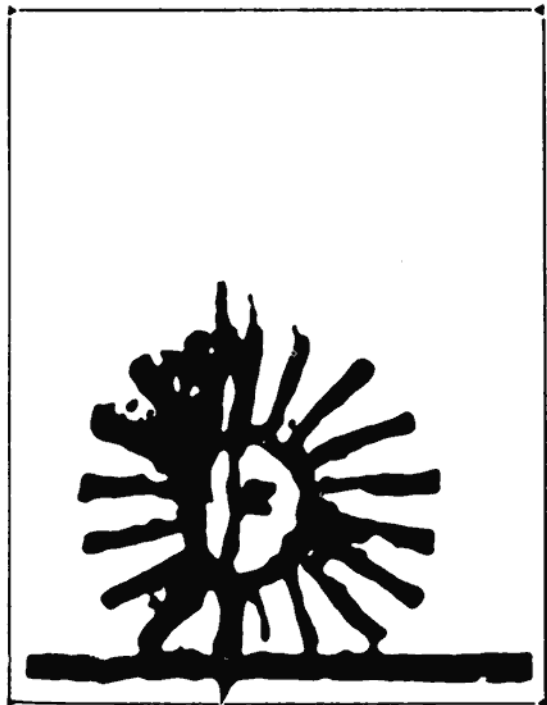
"Quien se mete a redentor, termina crucificado". Dos anécdotas, viñetas para Buñuel, ilustran las distorsiones terrenales de aquellos empeños celestiales. En Tajimaroa, los indios se comieron el semental de raza fina que les había regalado Tata Presidente. En Tetelcingo, "el general les dio un par de puercas de cría para que se las rifaran entre el vecindario. El ganador de una de las marranas no la quiso por grande. La segunda murió entre chillidos pocos días después y la gente fue invitada a la fiesta".

Todo fue un poco así. Cuando se quiere contrastar la bondad de los proyectos con su deformar y a veces grotesca traducción a la realidad, el historiador se explaya. Si se trata de hallar por qué fallaron las cosas, identificar a los villanos o ponderar las ventajas relativas entre comer un semental y emplearlo como semental, lo mejor es el escéptico silencio o el quizá. Decir que la cruzada agrarista falló por la venalidad o ineptitud de sus apóstoles es decir muy poco, por eso Luis González lo dice una sola vez, casi de pasada. Tampoco parece creer que la constancia hubiese traído la redención, que con enseñanza y un apoyo múltiple —técnico, crediticio, de infraestructura y educación— honesto y desinteresado, los indios de Tajimaroa hubieran aprendido las ventajas de mantener vivo a un semental. Quizá su estudio sobre la Tierra Caliente michoacana lo disuadió —si alguna vez la tuvo— de esa hipótesis. Quien pastoreó por decenios, el progreso de esa zona a través de la Comisión del Tepalcatepec fue el mismísimo General Cárdenas. Lo tenía todo para ser el botón utópico de muestra; buenas tierras, muchos elementos aprovechables de las antiguas y prósperas plantaciones de Nueva Italia y Lombardía, amplio apoyo estatal. Todo, menos la fórmula para remover la costra tenaz de los modos ancestrales de vida y muerte. La acción estatal abrió las compuertas de una desigual prosperidad pero no modificó los índices de "alcoholismo, lujuria, bilis, ociosidad y juego". Tampoco la explotación. Las cooperativas se disolvieron en minifundios y los minifundios se trasladaron a grandes empresas capitalistas.

El apóstol del ejido acaba resignándose a la vuelta del latifundismo individual, y para impedir abusos mayores, vigila a través de la Comisión, el alquiler de las tierras ejidales. La alianza de capitalistas compulsivos y ganosos de dinero y de ejidatarios sin ambiciones, indolentes y proclives al alcohol, derrumban la energía y las buenas intenciones del Tata.

Ningún libro de Luis González toca estas cuestiones de modo compasivo o sentimental. Su vena bucólica, la más profunda sin duda, permanece por eso mismo en una orgullosa reticencia. Nunca se duele, apiada, lamenta o moraliza. Las cosas no pudieron ser de otra manera. ¿Sentido campesino de la fatalidad? Esa variante de la infelicidad que llamamos progreso llegó de fuera como una fuerza natural e invadió, para bien y para mal, las formas de vida autárquica. De allí esos enormes listados —lava de modernidad— que Luis González agolpa con frecuencia al final de sus obras, cuando los pueblos que estudia dejan de estar en vilo y, finalmente, *caen*. Tierra Caliente, por ejemplo, posee ya

una minoría forastera, una élite de la especie *homo mechanicus neobarbarus*, constituida por comerciantes, industriales, prestamistas, líderes, coyotes, lobos, leones compulsivos, dinámicos, insaciables, agresivos, vanidosos, irreligiosos, logrerros, autoritarios, poseedores de equipos privados de locomoción, refrigeración, desinfección, grabación, exhibición y deporte, de casas grandes y chicas, de oficinas y cocinas integrales, de oro, plata, joyas, cheques, acciones y deudas, de audiencias especiales concebidas por el Papa, el señor Presidente, el ministro y el gobernador, de títulos profesionales de contador, administrador de empresas, abogado, médico e ingeniero, de títulos honoríficos de filántropo, protector de animales y apóstol del árbol, de apodos populares como los de rey del melón, del algodón, del ajonjolí, del chile, de la sandía, de la usura y de la patada, y de puestos de consejero de la banca, munícipe, presidente, vocal, tesorero y padrino de generación.



Los vicios de la ciudad sin las virtudes del campo.

“Desde cómodos bufetes y consultorios capitalinos, intelectuales revolucionarios al servicio... del campesinaje” construyeron la ideología de la Reforma Agraria que, decenios más tarde, desde cubículos no menos alejados del campo, otros intelectuales académicos avalan y legitiman. Desde el sector tradicional y no moderno de México, un escenario efectivo de la Reforma Agraria, Luis González mueve socarronamente la cabeza y recuerda, con humor y con detalle, que la historia no es como cuenta el evangelio según Diego Rivera. Distinguiendo siempre las bondades mesiánicas del proyecto cardenista (y de su totémico guía), del modo en que los campesinos lo vivieron, narra la historia como debió parecer a un espectador equilibrado, con sentido común y buena fe: una empresa generosa, resuelta, destructiva, pragmática, esperanzada en su impulso inicial; liberadora, errática, costosa, paradójica en sus consecuencias. Luminosa e impura, o, como él diría, rancheramente: ¡humana, pues!

### El “New Deal” cardenista

*Los días del Presidente Cárdenas* es un libro de historia escrito como crónica, no por capricho o facilidad sino por la convicción de que así se vivieron los hechos: sobre la marcha, sin un proyecto premeditado, en respuesta a las circunstancias. Cárdenas tuvo siempre los pantalones que se requerían para expropiar el petróleo; también el ímpetu nacionalista, pero no el plan. De otro modo no se explican algunas concesiones tardías a las empresas. Aquí, como en otros renglones, lo empujaron los hechos.

Los años treinta fueron en todo el Occidente una era de experimentación. El “New Deal”, en particular, tuvo ese sentido. Roosevelt solía decir: “Escoja un método e inténtelo. Si falla, admita su error francamente y trate uno nuevo. Pero sobre todo: intente siempre”. El “New Deal” cardenista tuvo también ese carácter de continua experimentación. Luis Cabrera dio con la palabra clave: *ensayo*. Cárdenas *ensaya* la entrega de la administración ferrocarrilera a los obreros. Su triunfo, explica Arturo Anguiano, habría dado “un jalón hacia el socialismo”. Su fracaso impuso un repliegue. La expropiación petrolera. ¿No fue, finalmente, un *ensayo* exitoso? En un cuadro internacional incierto e inestable, en el que el propio imperio norteamericano arriesgaba los remedios más descabellados en apariencia, lo natural era un gobierno de *trial and error*. Luis González no encuadra de modo suficiente al Cardenismo en el marco internacional, pero su antena histórica captó el pulso ensayístico de los tiempos y lo tradujo en método narrativo.

La nacionalización del petróleo no es sólo un hecho político sino moral. Luis González la entiende como un nuevo reparto de dignidad. “Pudo haber sacado a la sociedad del ‘no puedo’”. Como tantas “puntadas” de Cárdenas, fue un acto temerario construido sobre márgenes de seguridad. Ensayo no es sinónimo de caos, o de una acción imprudente y atropellada. México fue más México a partir de ese momento. El libro abunda en estos deslindes hermenéuticos. Da al instinto lo del instinto, lo mismo a la voluntad, la fe, la inercia, el cálculo. Las acciones humanas que describe no se insertan en una legalidad metahistórica (a menos de que el ritmo natural de las generaciones se considere metahistórico). El esquema —orteguiano,

en parte— se reitera: desde un repertorio vital que no escogen, los hombres decisivos proyectan y actúan. El historiador da cuenta de los universos mentales y su traducción a la realidad. Por último, al prescindir de la causalidad, introduce la ponderación moral.

Una biografía política y moral de Cárdenas recorre el libro. Junto con Calles, es sin duda el escultor del presidencialismo mexicano. Desterró al caudillo, subyugó al último cacique, subordinó a los mandos militares, pactó con la Iglesia, pidió lo que es del César y dio lo que es de Dios, favoreció la unidad obrera que más tarde piramidó en el P.R.M., evitó —divide y vencerás— la fusión de obreros y campesinos bajo una sola organización, creó la CNC integrada al Partido, respetó la libertad de prensa (Calles y Morones no lo habían hecho), dejó hacer al alzamanismo y a otras fuerzas en grados que la actual reforma política no sueña siquiera, designó —acaso contra sus deseos profundos— un sucesor moderado y —dato central que Luis González no señala— resistió, hasta su muerte, la tentación de una Cardenato. Historia política y moral: Cárdenas afianzó la autoridad presidencial sin recurrir al miedo o a la violencia.

La política exterior del Cardenismo es también un despliegue moral. Lo extraordinario de Cárdenas eran esos grandes impulsos generosos. Luis González los consigna. El asilo de Trotsky, la apertura del país —contra viento y marea— a la inmigración española, la inmediata protesta por la invasión de Italia a Etiopía y Abisinia; y de principio a fin, sobre todas las cosas, la lección de firmeza y dignidad frente a la Casa Blanca e Inglaterra a raíz de la política expropiatoria.

Pero hay otra historia que empaña los días de Cárdenas. Alguien dijo de F. D. Roosevelt que “era un intelecto de segundo orden en un temperamento de primera”. Es el caso de Cárdenas. Luis González lo sugiere. La coherencia intelectual no fue prenda que adornara al general:

No todos los historiadores han querido ver que la industrialización reciente de México recibió la luz de síga, el hágase, del mismo Presidente que les leyó la cartilla, que regañó en 1936 a los industriarios regiomontanos. Fue Cárdenas quien promovió el desarrollo fabril de manera, si se quiere, contradictoria. No cabe ninguna duda que alentó los movimientos laborales contra el capital en fábricas y talleres; fue obvio su cariño hacia las administraciones obreras de numerosas industrias que no sólo la de PEMEX; y nunca ocultó su falta de simpatía hacia los ricachones industriales por abusivos. Tampoco cabe duda de los apoyos fiscales y de otros estímulos a la industrialización. Sobre todo, iniciada la segunda guerra mundial en 1939, la política industrializadora del gobierno mexicano se tradujo en la exención de impuestos a ciertas industrias, en suprimir gravámenes de exportación de productos fabriles made in México, en poner un hasta aquí a las ansias huelguísticas de los obreros...

El problema de la incoherencia intelectual aplicada a la política, sobre todo a la política económica, es el de los costos. Cárdenas financió su programa social sobregirando al Banco de México lo cual, junto con otras muchas medidas desastrosas, desató la inflación. Hubo quien lo advirtiera a tiempo (Miguel Palacios Macedo), pero el

General no prestaba oídos ni a intelectuales —con la excepción afortunada de Eduardo Suárez— ni a números. Suena un poco cínico que en la revista *Futuro* de Lombardo Toledano se escribiera estas palabras:

Ha sido curioso y triste observar que en una época de grandioso ascenso revolucionario, la clase obrera y otras capas laborantes han padecido hambre en mayor grado, inclusive, que en épocas... dominadas por los círculos de la burguesía reaccionaria cómplice del imperialismo.

O que el propio Lombardo se declarase súbito campeón de la política industrializadora. Pero no es posible sospechar un cinismo similar en Cárdenas. Su lógica no era económica. Sus costos sí. Su despliegue de convicción fue, en muchos casos, irresponsable: produjo lo contrario a lo que se proponía. Muchas calamidades podían haberse evitado con una dosis menor de magia y mayor de cautela, planeación e inteligencia. Pero Cárdenas prefería agotar sus ensayos antes que limitarlos. Por lo demás, hay un mundo de diferencia entre el pecado económico de tomar fondos sagrados para un programa social y la corrupción moral de tomarlos para el bolsillo.

Los trabajos de la generación cardenista recorren también el libro. Emociona leer los proyectos redentores de salud y asistencia a cargo de Gustavo Baz, los descubrimientos médicos, la fundación de hospitales, “entonces se generalizó —escribe Luis González— el sistema de servicios coordinados de salubridad en los Estados de la República. En fin, se tomaron varias medidas prácticas, viables y concretas que han merecido la calificación de reformas pequeño burguesas, apoyadas por el imperialismo norteamericano”. Maravillan también las maravillas que se esperaban de la educación técnica. “Lo que se vio por dondequiera fue un gusto incoloro por el profesionalismo y la especialización”. Luis González recuerda que no sólo de poder vive el hombre. Su libro dibuja avances ciertos del sexenio en física, biología, historia, filosofía, literatura. Con todo, apenas menciona el clima de intolerancia intelectual y artística que manchó al régimen.

Los campesinos de Occidente decían de Cárdenas: “No mató, fue compasivo, contuvo la persecución religiosa, trajo la paz”. Cárdenas escribía de sí mismo: “Me esforcé por servir a mi país y con mayor empeño al pueblo necesitado. CANCELÉ muchos privilegios y distribuí una buena parte de la riqueza que estaba en pocas manos...” Para Luis González, Lázaro Cárdenas fue un gobernante en vilo entre la tradición y la modernidad. Quiso ser, y fue, el presidente de los humildes; pero resultó, en un grado más amplio y decisivo, el catalizador de la modernidad.

...no cabe duda que la etapa cardenista, aunque difícil de meter en la cápsula de una definición, fue crucial, importante, decisiva en la trayectoria vital de México contemporáneo; que Cárdenas, aunque a muchos años luz de las luces de la Universidad, supo imprimir novedades cultas, racionalistas, al último grito de la moda, en amplios sectores del pueblo mexicano; que este pueblo, si bien fue incomodado en sus costumbres secula-

res, aceptó, coreó, se hizo una con varias de las reformas propuestas por Tata Lázaro, y con algunas innovaciones no queridas por él, hijas de los nuevos tiempos y de la propaganda yanqui.

Luis González no se pregunta el porqué. Quizá lo que falló entonces, como ahora, es el concepto mismo de progreso y modernidad, la naturaleza de la oferta estatal. El cardenismo y todos los posteriores intentos cardenistas no han logrado descifrar un misterio: ¿Cómo ayudar desde el Estado a quien necesita, para que no necesite más? ¿Pueden coexistir Estado y desinterés? ¿Cómo apoyar la independencia sin crear dependencia? Creyendo que trabaja para el pueblo, el Estado trabaja para el Estado. Viejas paradojas anarquistas.

### Alfilerazos

Metido a narrar hechos de la ciudad, el microhistoriador tenía que vengarse. Luis González se venga mediante el estilo. Su libro declara la guerra a la solemnidad. En su *Invitación a la Microhistoria* recomienda

es mejor ser acusado de irreverente a convertirse en botones. Los alfilerazos en las nalgas de gobernantes y obispos son saludables.

En *Los días del Presidente Cárdenas*, no padecen las nalgas de gobernantes y obispos, sino las anchas y respetables de la academia y las más estrechas y rugosas de la ideología. ¿Qué horror el uso de palabras y frases populacheras en una obra de un *scholar*! Vergüenza da pronunciarlas: titi-

puchal, revolufia, desmadre, chicharrones que truenan, toros por los cuernos, gente covona, etc. En vez de decir, como *el faut*: "Cárdenas provenía de la pequeña burguesía rural vendida a menos", dice "el padre de Cárdenas no pudo vestir a su primogénito de charro, ni comprarle cabalgadura ni pistola"... Ni el más espantosamente solemne de los asuntos lo conmueve, antes al contrario: parece que le divierte: A fulano lo "dejaron sin ánimo", "lo tacharon de la lista de los vivos", "le dispararon a rendirle declaración a San Pedro", "le dieron pasaporte al más allá". La muerte no es muerte: es fiesta, coherencia, maternidad.

El sexenio cardenista fue pródigo en un tipo peculiar de solemnidad: la oratoria de masas en cines, zócalos, radio y plazas de toros. Abundaron los picos de oro, mucho ruido y pocas nueces, productos típicos de la ciudad catrina. Luis González los recuerda en "Los habladores". Allí están, en un mismo saco: Diego Arenas Guzmán, Jorge Prieto Laurens, José Trueba Olivares, Luis Napoleón Morones, Vicente Lombardo Toledano (Doctor Cloroformo), don Aurelio Manrique (¡Adiós bellacos... Os saludo!) y el hombre cuyo discurso condensa en toda su condensación la solemnidad oratoria de los años treinta:

¡Camaradas! Hay momentos en la vida que son verdaderamente momentáneos... Y no es que uno diga, sino que hay que ver. ¿Qué vemos? Lo que hay que ver... No digamos... pero sí hay que comprender la psicología de la vida para analizar la síntesis de la humanidad, ¿verdad? Yo creo, compañeros, que si esto llega... porque puede llegar y es muy feo devolverlo... Hay que mostrarse como dice el dicho... Debemos estar todos unidos para la unificación de la ideología emancipada que lucha... ¡Obrero! proletario por la causa del trabajo que cuesta encauzar la misma causa... ¡Y ahora, ¡hay que ver la causa por la que estamos así! ¿Por qué han subido los víveres? Porque todo ser viviente tiene que vivir, o sea el principio de la gravitación que viene a ser lo más grave del asunto...

En definitiva, no entre aquí quien engole la voz. Si usted dice "contemplar" en vez de "ver", "mas" en lugar de "pero", si venera parámetros, niveles, estructuras, modos de producción y marcos teóricos —sobre todo marcos teóricos— y si prende veladoras a los santos de la patria, no lea a Luis González. Tampoco si espera revelaciones. En vez de *porque*, hallará un *quizá*; en vez de seguro, *dizque*; en vez de siempre, según y cuando; en vez de así, tal vez, puede ser, sepa Dios. Pero si busca conocer los hechos y comprender a los hombres, si se conforma con leer historia y no teología, siéntese cómodo —bata, pantuflas y pipa— y recorra un Sexenio en la Alameda. Lo espera una charla amistosa, una sabia lección de tolerancia, amplitud, humor, naturalidad, inteligencia y sano, sanísimo escepticismo. "Mas" si padece usted pedantería académica o ideológica, no se arriesgue, "no ose". ¡Duelen tanto los alfilerazos!

### Fuentes

Luis González *Pueblo en vivo*. El Colegio de México, 1968.

Luis González "Tierra Caliente" en *Extremos de México*, El Colegio de México, 1971.

Luis González *Los días del Presidente Cárdenas*, Tomo 15 de la Historia de la Revolución Mexicana, 1981.

